



Margarita Sánchez Prieto, 78 años
Sandra Martín Encinas, 21 años

“Viajo con el pensamiento, y así viajo a todas partes”

Corría el mes de mayo de 1936 cuando Margarita, madrileña de nacimiento y de ocho años de edad, se mudó junto a su familia a Cebreros (Ávila). Hacía poco tiempo que había sufrido la pérdida de un ser querido: su padre; por ello, su madre decidió volver a su pueblo natal, donde contaba con sus viñas y una casa. Pocos meses después la guerra civil estalló. A pesar de que constantemente había gran presencia de militares en la localidad ésta no sufrió grandes conflictos, excepto cuando los republicanos se afincaron por espacio de tres meses y durante su estancia asesinaron alrededor de ochenta ciudadanos. Fue una tragedia y barbarie sin precedentes, mas teniendo en cuenta las pequeñas dimensiones de Cebreros. La mayoría de las familias sufrieron, en consecuencia, la pérdida de un ser querido. La fortuna sonrió a Margarita y su familia; la falta de la figura paterna así como de parientes como tíos y tías, tanto por parte de su madre como de su padre, hicieron que la garra republicana de la crueldad y de la tragedia no la rozaran siquiera. Tras finalizar la guerra la escasez de alimentos hizo que ella y su familia sufrieran las consecuencias.

Tras acabar los estudios básicos comenzó a trabajar, en lo que fuese. Con catorce años aproximadamente, edad suficiente para trabajar, regresó a Madrid. Buscó trabajo donde podía y trabajó en aquello que pensaba que podría irle mejor; con ello trabajó muchos años como planchadora en un obrador del convento de las Hermanas de la Caridad, hasta que se casó. Dejó el empleo no precisamente por gusto, sino porque antaño no estaba bien visto que una mujer casada trabajara. No obstante, una hermana del convento le sugirió que se quedara con el puesto, pero Margarita se negó a pesar de que no eran tiempos fáciles; dos sueldos eran mejor que uno.

Margarita continuó su vida a pesar de no trabajar. Por las andaduras de los caminos de la vida, tuvo tres hijos de los cuales uno falleció. Los ha visto nacer y crecer en épocas muy distintas a pesar de que los años que separan un espacio de otro son realmente pocos.

Las circunstancias y los acontecimientos bélicos hicieron que el General Francisco Franco impusiera una dictadura la cual se alargó treinta y cinco años, hasta el 1975. Al igual que le sucedió durante la guerra civil, este acontecimiento histórico no tuvo una influencia directa en su vida, en ninguno de los aspectos. El hecho de carecer de padre, de una figura masculina, hizo que la política no fuera tema de conversación en el entorno familiar. El único ente masculino era su hermano menor, y para cuando este tuvo unos catorce años la situación política era más estable. El franquismo fue algo indiferente en su vida, tan sólo sabían por lo que escuchaban, que si habían detenido a alguien por hacer algo...y se alarmaban, porque no comprendían; no comprendían la situación, ni los porqués. Tan sólo sabían que un tal Franco estaba en el poder, y que quien hiciese algo en contra de él obtendría sus consecuencias.

A pesar de los pesares y de los conflictos entre los que ha tenido que vivir, continuó adelante junto a su marido, el cual falleció hace seis años. Compraron un pisito por el que pagaron una entrada y que, desgraciadamente, resultó ser una estafa. Para un mismo piso había varias familias que habían dado una señal económica al igual que hicieron Margarita y su marido, pero muchos no corrieron la misma suerte y se



quedaron sin él. Pero, las desgracias nunca vienen solas; una vez de quedarse con el piso su sorpresa no pudo ser menor al ver que el inmueble estaba inacabado. Entre todos tuvieron que poner capital para terminar el tejado, poner los pisos, acabar las paredes...y al mismo tiempo pagaban una renta mensual a los propietarios. Tras mucho tiempo de estar pagando la renta, los propietarios que ya habían liquidado el capital que al parecer necesitaban liquidar, les vendieron el piso. Definitivamente, es como si hubieran pagado dos veces por el mismo piso.

Los frutos que el matrimonio le dio, sus hijos, crecieron, maduraron y con el tiempo volaron del nido familiar para crear el propio. Junto a esto y la ausencia de su marido, hacen que la soledad sea su mayor enemigo. El silencio reina por el domicilio a sus anchas, y tan sólo se interrumpe con algún sonido de la calle, del televisor, o de alguna llamada de teléfono...Esa soledad y esa falta de comunicación con alguien, esa falta de poder hablar sobre cualquier cosa, incluso del tiempo, de poder hacer comentarios, bromas, chistes e incluso de discutir, hacen que el día a día de Margarita sea lento y paulatino.

Rostros jóvenes, familiares, todos ellos enmarcados en bonitos cuadros la miran fijamente haciéndola compañía en medio de un abrumador silencio. Sin embargo, las baldas y estanterías contienen la llave que rompe este silencio: los libros. Setenta y ocho años de vida y muchas vivencias a sus espaldas no han hecho decrecer su afición por la lectura; habiendo leído todo cuanto ha caído en sus manos y continuando con el hábito a pesar de que la vista y la capacidad de concentración han disminuido.

Observando con gran asombro los cambios de la vida, de las situaciones, de las circunstancias, no puede evitar sentir una espinita en su corazón al ver como uno de sus nietos ha girado la cara a uno de sus mayores deseos: estudiar. Ella no tuvo la opción de elegir; no pudo continuar estudiando, ni elegir uno u otro trabajo, tuvo que hacer de tripas corazón para amoldarse a las circunstancias, para sobrevivir a un presente que quizás trajera un futuro mejor.

Margarita ha tenido que dejar varias cosas en este camino que es la vida, en su vida, entre ellas el viajar a Italia. País que fue el destino elegido para su luna de miel, pero que en último momento tuvieron que anular por enfermar su madre. Durante mucho tiempo, Italia estuvo en el tintero y tras veinticinco años de matrimonio, volvió a salir a la palestra. Pero su madre volvió a enfermar y con ello, una vez más, se quedaron sin el anhelado viaje. Italia fue rezagándose, fue metiéndose en el baúl de los sueños que, por unas u otras cosas se ha quedado en eso, en un sueño. El paso del tiempo ha hecho que la ilusión por realizar este viaje haya perdido fuerza; aunque, quizás con el tiempo encuentre nuevos ánimos e ilusiones para hacerlo, asimismo, Margarita no deja de viajar con el pensamiento; y con el pensamiento viaja a todas partes.

En medio de esa jaula de cristal y a pesar de los achaques que la edad no perdona nunca; con ilusión y entusiasmo se acerca dos veces por semana a un centro de mayores a estudiar. La experiencia de su vida hace que sean pocos los datos nuevos que tenga que aprender pero, al menos, por el camino siempre se encuentra alguien con quien charlar o comentar algo.

Mujer trabajadora y luchadora por salir adelante; neutral en asuntos de política y lejos de tener conflictos de cualquier tipo, ha tenido una vida llena de pequeñas grandes cosas; recuerdos que hoy día la acompañan en la inmensidad que conlleva la propia



palabra soledad; recuerdos que la transportan en el tiempo y la hacen evocar tiempos pasados. La guerra civil no dejó huella en su vida, ni tampoco la lastra del fallecimiento de algún familiar que ésta hubiera podido dejarle. El franquismo tampoco le ocasionó problemas, quizá porque lo vivió con indiferencia y ante la ignorancia de la política. Los vaivenes de la vida hacen que, en ocasiones, tengas que amoldarte a su ritmo, y eso fue lo que hizo Margarita, mantenerse al margen de los acontecimientos y vivir su vida sin hacer daño a nadie.

Lo importante de la vida

Las épocas que le ha tocado vivir han hecho que la vida de Margarita no haya sido buena, o al menos no como le hubiera gustado que fuera. Acontecimientos históricos de gran calado como la guerra civil o el franquismo no tuvieron mayor repercusión en su vida, sin dejar consecuencias ni grandes huellas. Sin embargo, su niñez la vivió en un país que luchaban todos contra todos; su juventud la dedicó a trabajar en doquier para poder contribuir a la economía familiar. Nunca tuvo la opción de escoger; nunca tuvo la opción de elegir en qué trabajar, ni poder elegir seguir estudiando.

Echando un vistazo atrás y mirando a la juventud actual no puede menos que comparar, no sin evitar, y sentir envidia por todo cuanto los jóvenes de hoy día tienen al alcance de la mano y no saben aprovechar. Una gran envidia por todos aquellos que estudian; por todos aquellos que han elegido estudiar y qué estudiar; envidia sana por lo que ella hubiera querido hacer y la vida misma se lo negó.

Muchos años de vida, muchas cosas vistas, muchos recuerdos, historias, anécdotas que nadie jamás podrá arrebatarse.